

¿PODEMOS REPARAR NUESTRA ORFANDAD GENÉRICA? REVISITANDO EL CANON DE LA NOVELA DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

Can We Repair Our Gender Orphanage? Revisiting the Canon of the Novel of the Mexican Revolution

SOFÍA MATEOS GÓMEZ

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOLÓGICAS UNAM (MÉXICO)

SOFIA.MATEOS.GOMEZ@GMAIL.COM

ORCID: [HTTPS://ORCID.ORG/0000-0002-9426-8803](https://orcid.org/0000-0002-9426-8803)

DOI: <https://doi.org/10.5565/rev/mitologias.809>
vol. 26 | junio2022 | 183 - 200

Recibido: 16/06/2021 | Aceptado: 02/06/2022

Resumen

Este artículo parte del concepto de “orfandad genérica” para poner en cuestión los orígenes y los límites del canon de la novela de la Revolución Mexicana. Observa la relación entre la polémica sobre la “feminización” de la literatura en México y el nacimiento del canon; traza las circunstancias históricas que permitieron la progresiva integración de las mujeres al ámbito de la literatura y, correlativamente, la resistencia masculina al cambio en las labores de género; y, por último, hace un recorrido de los esfuerzos actuales ya encaminados a la integración de diversas voces femeninas al corpus de la literatura de la Revolución Mexicana.

Palabras clave

orfandad genérica, canon, novela de la Revolución Mexicana, escritoras mexicanas

Abstract

Starting from the concept of “gender orphanage”, this article questions the canon of the novel of the Mexican Revolution, its origins, and its limits. It observes the relationship

between the birth of said canon and the polemic around the “feminization” of Mexican literature. It traces the historical circumstances that allowed Mexican women's progressive integration into the literary profession and the corresponding masculine resistance to changes in gender labour distribution. Lastly, this article draws a panorama of current efforts already aimed at integrating an array of female voices into the corpus of Mexican Revolution literature.

Keywords

Gender Orphanage, Canon, Novel of the Mexican Revolution, Female Mexican Writers

Introducción

El concepto de “orfandad genérica”, que pretende apuntalar los propósitos de este texto, se refiere a la falta, para las mujeres, de una historia que les sea propia, que las dote de ejemplos a seguir, de antecesoras con las cuales identificarse. En definitiva, la falta del impulso y la seguridad de una tradición que las interpele directamente.

La expresión ha sido utilizada en varias ocasiones por Marcela Lagarde, quien lo retoma, a su vez, de Franca Basaglia. Pero entre una y otra autora hay una distancia importante que quisiera explicitar. La manera como Basaglia (1987) trata este concepto es, ante todo, desde un ángulo psiquiátrico y psicoanalítico (lo define así en su obra titulada *Mujer, locura y sociedad*¹), y lo usa para referir a “mujeres como niñas sin madre”, es decir, condenadas a un estado de orfandad o soledad que les es particular (puesto que los hombres cuentan con la esposa-madre).

Marcela Lagarde, en cambio, lo transforma para hablar desde la óptica de la historia cultural. Para ella, “orfandad genérica” nombra más bien la falta de una historia propia de las mujeres, la falta de una genealogía de la cual sentirse parte.

Cada día surgen nuevas feministas sin historia. Creen ser las primeras verdaderamente feministas. Distintas de las sufragistas, de las mujeres que en los sesentas hicieron el día a día de la liberación sexual, o de quienes al enunciar la palabra ciudadana, probaron los límites de la democracia patriarcal en la guillotina.

Mujeres del umbral del milenio no saben que otras las reivindicán y eso agrava la orfandad genérica: el desamparo, la falta de raigambre femenina autorizada, el miedo ante la vulnerabilidad frente a las violencias, la sensación subversiva a la menor identificación política de género, la experiencia de extranjería en la propia tierra, la casa, el cuerpo. (Lagarde, 2012: 410)

Vista así, la “orfandad genérica” puede ser efecto de un orden patriarcal, pero su pervivencia es también responsabilidad de cada generación de mujeres que se reconocen dentro de un sistema opresivo, y que deben llevar a cabo la tarea de encontrar y continuamente reconstruir sus genealogías (en plural explícitamente, porque no podría haber una sola para todas). Si el trabajo funciona, idealmente, estos hallazgos y estas reconstrucciones se acumularán y poco a poco tendríamos más material al que acudir como historia propia.

El propósito de este artículo es revisitar el contexto y las ideas a la base del nacimiento del canon de la novela de la Revolución Mexicana, para después revisar la posibilidad de su deconstrucción desde una óptica de género. Considero esto una puesta en práctica del tipo de esfuerzos de re-narración de nuestra historia y de revaloración de nuestras antecesoras que son capaces de, poco a poco, reparar la orfandad genérica en la que las mexicanas nos encontramos por tanto tiempo, específicamente en el campo de la literatura.

En primer lugar, observaré el vínculo entre una voluntad de solidificar los roles de género y la aparición del canon de la novela de la Revolución; enseguida, intentaré detallar algunas de las condiciones históricas que determinaron la inclusión progresiva de las mujeres en el campo de las letras, y que como contraparte contribuyeron con el miedo a la pérdida de la división genérica de las labores. Y, finalmente,

¹ “Se ha hablado de las mujeres como niñas sin madre, y esto da lugar a otras consideraciones que podrían explicar la capacidad de soledad de la mujer con respecto al hombre. Este estado de orfandad significa que para muchas mujeres no hay posibilidad de regresión al seno materno por no haber una madre a la cual recurrir en busca de apoyo. Para los hombres, las cosas son diferentes ya que la esposa es, en el fondo, siempre la madre” (Basaglia, 1987: 46).

referiré a las investigaciones ya realizados y en progreso que explícita o implícitamente ponen en cuestión el mencionado canon y sus conceptos de base, con la finalidad de destacar un trabajo colectivo y una línea genealógica.

1. Contexto y nacimiento del canon

Por “canon” entiendo un conjunto (de límites relativamente fijos) de obras que, debido a su mención, consumo y análisis por diversas entidades (críticos, académicos, editores, colectores, lectores) son consideradas en un momento dado representativas de un cierto movimiento, grupo o época literaria. El canon cumple una función indispensable al constituir modelos y referencias comunes, al proveer al público y a los autores mismos de una herencia y de un criterio de legitimación para futuras obras. Pero al canon también es inherente su permeabilidad.

Tal y como Derrida indica: “La ley de la literatura tiende, en principio, a desafiar o a anular la ley. Eso permite, por consiguiente, pensar la esencia de la ley en la experiencia de ese ‘todo por decir’. Es una institución que tiende a desbordar la institución” (Derrida, 2017: 117). Si la literatura es una institución que para su supervivencia necesita continuamente negarse a sí misma (destruir sus propias reglas para crear nuevas y así continuar existiendo), entonces el canon literario, como toda ley de la literatura, está condenado a cambiar. Eso es precisamente lo que está sucediendo con el canon de la literatura de la Revolución Mexicana. Y para entender hacia dónde está cambiando y cuáles son los panoramas que este cambio nos puede abrir, quisiera volver un poco a la historia de sus orígenes.

Al hablar de la historia de la novela de la Revolución, es común el señalamiento de que, a pesar de sus claros antecedentes durante el s. XIX mexicano —pensando en obras también centradas en movimientos populares armados como *La Bola* (1887), *Tomóchic* (1892) o *La Parcela* 1898)—, normalmente no empieza a hablarse, en el ámbito de la crítica, de un conjunto de “literatura de la Revolución” sino hasta 1924-1925. Esto a pesar de que la que se considera la novela fundacional de esta corriente, *Los de abajo* de Mariano Azuela, había sido publicada diez años antes, en 1915.

Después del reconocimiento y la valoración por la crítica de la obra de Mariano Azuela, comienzan a surgir varias otras obras que llegarían a constituir el corpus más o menos oficial de la novela de la Revolución. Así, en 1928 aparece *El águila y la serpiente* de Martín Luis Guzmán; en 1929, *La sombra del caudillo* de el mismo autor; en 1931, *Cartucho* de Nellie Campobello, *¡Vámonos con Pancho Villa!* de Rafael F. Muñoz y *Tropa vieja* de Francisco Luis Urquizo; en 1935, *Ulises Criollo* de Vasconcelos; y en 1934, *¡Mi general!* de Gregorio López y Fuentes, por mencionar algunas.

Un momento crucial de la constitución de este corpus (usualmente considerado el punto de partida de la etiqueta “novela de la Revolución Mexicana”) fue la publicación en 1960 de la antología de Antonio Castro Leal titulada *La novela de la Revolución*. En ella, el compilador retoma el trabajo y la propuesta de Berta Gamboa de Camino, quien había nombrado las obras que abordaban el periodo —en sus palabras— “de crisis” de la Revolución (comprendido entre 1910 y 1924), provisionalmente (ella lo aclara) como “novela de la Revolución Mexicana” (Gamboa, 1935: 258).

En la misma década apareció el estudio de Antonio Magaña Esquivel titulado *La novela de la Revolución* (1964-1965, 2 tomos), que contribuyó a fijar la etiqueta con el apoyo del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (recién fundado en 1953, diez años antes). Magaña

Esquivel incluye en sus estudios algunos autores que habían sido omitidos por Castro Leal y que pasarían también a formar parte del canon: a saber, José Revueltas, Agustín Yáñez y Francisco Rojas González.

Ahora bien, para comprender el nacimiento de este canon y sus implicaciones me interesa observar cuáles fueron las circunstancias y los gestos que lo impulsaron. Rafael Olea Franco (en “La novela de la revolución maxicana: una propuesta de relectura”) analiza de cerca los criterios de construcción de la antología de Castro Leal y menciona acertadamente la importancia de dos factores. Por un lado, un criterio comercial: el público lector mexicano prefería el género narrativo (en el cual los Contemporáneos no habían tenido mucho éxito) y se interesaba más por las anécdotas de su propia historia reciente que por acercarse a experimentaciones literarias modernas. Por otro lado, un criterio práctico: Castro Leal no podía incluir en su antología obras cuyos derechos no hubiera podido conseguir. Olea Franco señala también que la clasificación de “novela” tenía más fines prácticos (apelar al gusto lector y apelar al prestigio del género)² que descriptivos, pues varias de las obras elegidas por Castro Leal de hecho no coinciden con las características típicas del género. Y aclara que, más que ser el creador de la etiqueta (ciertamente ambigua) de “novela de la Revolución”, Castro Leal “sólo sintetizó una tendencia surgida en la crítica literaria durante la década de 1920, la cual a la postre organizó un corpus que se ofreció a los lectores como un género, con un éxito comercial visible” (Olea Franco, 2012: 482).

Aquí podemos observar ya una tensión en el centro de la creación de este canon: entre apelar a un público amplio y buscar la legitimación de una élite intelectual; en otras palabras, el balance entre la popularidad y el prestigio. Castro Leal pretendía ambas cosas a la vez, y el enorme eco que obtuvo su antología nos permitiría decir que tuvo éxito.

La tensión, al interior del medio literario, entre la apelación a un gran público y la interlocución entre las élites, aparece con toda claridad en la polémica que estuvo en el origen de la revaloración de la obra de Azuela. Puede decirse que la fecha de inicio de esta es el 20 de diciembre 1924, cuando apareció en *El Universal Ilustrado* el célebre artículo de Julio Jiménez Rueda titulado “El afeminamiento en la literatura mexicana”.

En su texto, Jiménez Rueda contrasta el desarrollo de la literatura rusa a partir de la Revolución de 1917 que, en sus palabras, plasma una Rusia “agitada, revuelta, en plena locura creadora, en acción constante, pueblo de perfiles netos, colorido, brillante y trágico, masculino en toda la acepción de la palabra” (citado en Machillot, 2007: 8). Mientras que en México, la poesía y la prosa han seguido “encerradas en la torre de marfil”, e ignorado el “alma de la patria transida de dolor” (8). La postura política de Jiménez Rueda es clara. No solamente al encumbrar a los rusos como un modelo a seguir, sino también al denunciar el “modelo venido de España, de París o de Yanquilandia” (el término Yanquilandia por sí solo aclara su ideología).

Se encuentran aquí oposiciones conceptuales claras, entre las que quiero señalar dos que sin duda contribuyeron a la constitución del canon literario de la Revolución. Una de ellas es la oposición de lo propio y lo ajeno (en otras palabras, el valor de la Patria frente a un modelo internacional, surgido de las grandes capitales). Otra es la oposición del Pueblo (su historia, su cultura, sus valores —a partir del supuesto muy problemático de que haya “un solo” pueblo con “una sola” cultura—) frente a las élites. Estas dos son exigencias que establecieron una guía para la conversación sobre la literatura de la Revolución que habría de surgir a partir de este artículo.

² Precisamente la preferencia por el género “novela” provocó el desconocimiento de muchos y muchas autores/as de cuentos; tendencia que la exhaustiva antología de Xorge del Campo, *Cuentistas de la Revolución Mexicana* (1985), contribuyó a revertir.

Un último elemento a destacar, particularmente pertinente para el tema que nos ocupa, es la manifiesta exaltación de lo masculino y el miedo a lo femenino, así como todas las asociaciones establecidas en este artículo para cada uno de los géneros. Jiménez Rueda dice:

Cualidad masculina es dar frente con valor a todas las contingencias de la vida, preferir lo fuerte, lo noble, lo altivo: las estatuas de los héroes están siempre de pie en actitud de reto, ansiosas de combate. Cualidad femenina es, en cambio, ampararse en la debilidad para herir impunemente al prójimo. Ya el Arcipreste de Talavera señalaba lo esencialmente femenino que es el murmurar tras la puerta de la sacristía, preferir lo bonito a lo bello, la obra breve tejida con paciencia sobre urdimbre primorosa, a la fuerte y gallarda, tosca e imponente creación personal. Los que estudien años más tarde, la literatura de estos tiempos tendrán siempre la sensación de encontrarse ante un simpático bordado rococó... Y eso en tiempos en que la tragedia ha soplado tan de cerca:...

Hasta el tipo de hombre que piensa ha degenerado. Ya no somos gallardos, altivos, toscos — fealdad inspiradora de monumentos escultóricos imperecederos: Balzac, Víctor Hugo— nos trocamos en frágiles estatuillas de biscuit, de esbeltez quebradiza y ademanes equívocos. Es que ahora suele encontrarse el éxito, más que en los puntos de la pluma, en las complicadas artes del tocador. (Machillot, 2007: 9)

Los comentarios de Jiménez Rueda parecían apelar directamente al grupo de escritores que serían conocidos como los Contemporáneos, varios de cuyos miembros eran homosexuales (por ejemplo, Carlos Pellicer, Xavier Villaurrutia y Salvador Novo) y abiertamente desafiaban las limitaciones y las demandas del estereotipo masculino.

Y no solamente desde el modelo de una literatura popular, realista y cruda se emitían ataques a la pretendida “feminidad” del “grupo sin grupo” de Los Contemporáneos. También desde la radicalidad de un *avant-garde* que rechazaba las exigencias de un arte “fácil” y que complaciera a las masas —es decir, desde los Estridentistas— se atacaba la supuesta frivolidad de estos autores. Ya en el manifiesto Estridentista de Maples Arce (publicado tres años antes de la mencionada polémica, en 1921), se denunciaba:

Cuanta mayor, y más honda emoción he logrado vivir en un recorte de periódico arbitrario y sugerente, que en todos esos organillerismos seudo-líricos y bombones melódicos, para recitarles de changarro gratis a las señoritas, declamatoriamente inferidos ante el auditorio disyuntivo de niñas fox-troteantes y espasmódicas y burgueses temerosos por sus concubinas y su caja de caudales, como valientemente afirma mi hermano-espiritual Guillermo de Torre, en su manifiesto yoista leído en la primera explosión ultráica de Parisiana, y esto, sin todas esas poematizaciones [sic] entusiastamente aplaudidas en charlotadas literarias, en que sólo se justifica el reflejo cartonario de algunos literaturípedos “specimen”. (Maples Arce, 1921: s/p)

Por otro lado, una de las respuestas más sonadas al artículo de Jiménez Rueda fue la de Francisco Monterde, quien en las mismas páginas de *El Universal* plantea la pregunta “¿Existe una literatura mexicana viril?” (25 de diciembre de 1924: s/p). Su respuesta no pone ni remotamente en cuestión la identificación hecha por Jiménez Rueda de la feminidad con una escritura mediocre. Monterde responde: “Haciendo caso omiso de los poetas de calidad —no afeminados— que abundan y gozan de amplio prestigio fuera de la patria, podría señalar entre los novelistas apenas conocidos —y que merecen serlo— a Mariano Azuela” (Torres, 2010: 175).

Como puede verse, la desestimación de todo aquello asociado con la feminidad no era exclusiva ni de una facción estéticamente conservadora ni de otra estéticamente vanguardista. Ni lo era de grupos de izquierda política o de derecha. Si la ideología más conservadora ligaba lo femenino a la fragilidad, a las labores de cuidado, a la maternidad, a la histeria, estos grupos de intelectuales

políticamente progresistas asociaban lo femenino a lo fácil, lo superficial, lo artificial, lo vano y lo pasajero (como las modas).³

Pues bien, la polémica alrededor de la “feminización” de la literatura mexicana puede vincularse a la creación de unas formas precisas de masculinidad y de feminidad que formarían parte de la mitología nacional en proceso de construcción. De acuerdo con Antoine Rodríguez, “Los hombres, en vez de considerar la emancipación femenina como un progreso social, temían, al contrario y de manera delirante, una inversión en los roles de género, un afeminamiento ineluctable” (Rodríguez, 2011: párr. 5), de manera que a principios del XX en México,

Ser patriota va a consistir en reafirmar de manera inequívoca las asignaciones de género (hombre viril y dominante, mujer femenina y sumisa), situándose dentro de la heteronormatividad y denunciando toda desviación frente a las normas socioculturales de la virilidad. (Rodríguez, 2011: párr. 19)

Este estrecho vínculo entre un sólido binarismo de género y el Estado en construcción después de la Revolución es uno de los puntos de partida del extenso estudio de Elsa Muñiz sobre la representación y la concepción del cuerpo en el México posrevolucionario: “el establecimiento de un tipo de relaciones de género, como parte del proceso civilizatorio que implica la progresiva diferenciación de las funciones sociales, contribuyen sustancialmente a mantener la legitimidad de los sistemas políticos como el que se estableció en México a partir de 1920” (Muñiz, 2002: 8).

Sus observaciones coinciden con los análisis hechos por diversas investigadoras e investigadores sobre la representación de la mujer tanto en el cine como en la literatura de la época de la Revolución y los años que la siguieron.⁴ Para Jean Franco, en la novela de la Revolución asistimos a la construcción de alegorías nacionales que cimentan las escalas de valores determinantes de la identidad nacional: “el ejemplo clásico de esta simple alegoría nacional es sin duda *Doña Bárbara*, de Rómulo Gallegos, que presenta una jerarquía de hombres civilizados por encima de la barbarie femenina, de lo urbano por sobre lo rural, y que tiene una estructura temporal que apunta hacia el futuro de una nación integrada” (Franco, 1987: 414).

Así pues, observamos que el contexto de la discusión sobre la feminización de la cultura es un momento en la historia mexicana marcado por una interdependencia particularmente fuerte entre gobierno e intelectuales; si estos necesitaban a aquel para sobrevivir (sin la infraestructura para producir trabajo intelectual lucrativo, muchos ocupaban puestos administrativos), el Estado mexicano en proceso de legitimación y reordenamiento requería la construcción de una base ideológica y de una guía cultural unificadora y clara.

Además, cabe recordar que la popularidad y la recepción de las obras sobre los eventos de la Revolución, así como la promoción oficial (es decir, gubernamental) de los autores dependía en gran medida de cuál fuera su postura frente al conflicto armado. Dependiendo de este factor, algunos autores

³ Esto evoca también, por cierto, los argumentos de la izquierda mexicana en contra del voto femenino. Ya en 1923 se había organizado el Primer Congreso Nacional Feminista, donde se exigía el sufragio femenino; en desacuerdo, la izquierda argumentaba que las mujeres votarían sin duda por la derecha por ser naturalmente conservadoras y ser más fácilmente influenciadas por la Iglesia.

⁴ Véase, por ejemplo, de Elvira Montes de Oca Navas, “Las mujeres en las novelas de la Revolución Mexicana” (*La Colmena*, n.º 4, otoño 1994, pp. 4-8); de Eli Bartra, “Faldas y pantalones: el género en el cine de la Revolución mexicana” (*Filmbistoria*, vol. 9, n.º 2, 1999); la tesis de María Consuelo Guerrero, *La imagen de la revolución y de la mujer en la novela y el cine de la revolución mexicana* (Universidad de Texas, Austin, 2005); y de Paola Cecilia López Silva, “La representación de las mujeres en el cine de la Revolución mexicana” (*Pirocromo*, n.º 13, 2017, pp. 30-41).

introdujeron cambios a sus obras en sus sucesivas ediciones,⁵ otros pasaron por fases de silencio crítico antes de ser recuperados, mientras otros, en cambio, fueron inmediatamente valorados.

En otras palabras, esta polémica, y el resultante corpus de la “novela de la Revolución Mexicana” están, más que muchos otros momentos de nuestra historia literaria, íntimamente ligados con dinámicas de poder y con la construcción “deliberada” de un imaginario nacional.

2. Acción y reacción

El particular rechazo a lo femenino expresado por los intelectuales de esta generación era, claro está, una herencia de raigambre larga y profunda. Pero también tenía un elemento particular a su momento histórico. Tal como indican Elissa Rashkin y Viviane Mahieux,

En los albores del siglo XX, la influencia de ideologías modernas y radicales internacionales —como el anarquismo, el comunismo y el socialismo—, el movimiento transnacional a favor del voto femenino, las vanguardias culturales y artísticas, la nueva apertura de algunas profesiones a las mujeres, y los mismos procesos revolucionarios en su diversidad y complejidad contribuyeron a hacer de este periodo un terreno fértil para la emergencia de figuras femeninas en las esferas de la literatura y la cultura intelectual. (Rashkin y Mahieux, 2019: 405)

Ya desde finales del XIX la participación de las mujeres en grupos políticos y literarios había estado aumentando rápidamente, en gran medida producto de los cambios en la educación de las mujeres que se dieron desde mediados de siglo.

Estos cambios fueron progresivos y se desarrollaron a diferentes ritmos en las distintas regiones del país y los varios estratos socioeconómicos. Un elemento importante a considerar es que los avances en la educación de las mujeres no fueron, inicialmente, pensados para adelantar su participación en el ámbito cultural, ni mucho menos en el político. La acelerada industrialización del país durante el XIX explica en gran medida el interés por mejorar la educación de las mujeres, con la finalidad de aprovechar más su fuerza de trabajo y de utilizarlas como agentes de difusión de una ideología del progreso.⁶

El tono de las discusiones acerca de la educación de las mujeres durante el XIX puede encontrarse en los periódicos sobre y para señoritas publicados en la época. Un ejemplo de ellos es el *Panorama de las Señoritas*, que apareció únicamente en 17 ocasiones en 1842. Esta publicación periódica fue sucesora del *Semanario de las señoritas mexicanas* y compartía sus temas principales: la educación científica, moral y literaria del “bello sexo”. Entre otros artículos dedicados a la educación de la mujer, destaca “De la influencia de las mugeres en la política” [sic], donde se explicita el vínculo de la formación femenina con el ámbito de la gestión pública. El autor (anónimo) del artículo aborda “la ignorancia en que los hombres han dejado despues de tantos siglos á la mas bella mitad del género humano, con respecto á los grandes intereses políticos que necesitan conocer, tan bien como ellos mismos” [sic] (anónimo, 1842: 100). Y aboga por la educación política de las mujeres con la finalidad de que aconsejen más sabiamente a sus maridos, sin llegar por supuesto a sugerir que ellas participen directamente de la vida política:

⁵ Por ejemplo, los cambios entre la primera y la segunda edición —1931 y 1940— de *Cartucho* (estudiados por Blanca Rodríguez (Nellie Campobello: *eros y violencia*, 1998) y las modificaciones en *Los de abajo* a partir de 1920, dirigidas a neutralizar “cualquier posible entusiasmo por Villa expresado en las primeras dos partes de la novela” (Aguilar Mora, 1990: 49).

⁶ Considérese que para 1895, las mujeres formaban el 26.5% de la totalidad de obreros del país y el 51.3% de personal docente en escuelas primarias (Lau Jaiven, 2009: 6).

Mas ilustradas sobre la fragilidad de las cosas politicas, las mugeres deberian moderar en vez de exitar en sus maridos ese furor de empleo-manía, y aun enseñarles á salir de una posicion equívoca [...] Pero estas reformas saludables nunca podrán efectuarse bajo la influencia del actual sistema de educacion femenil. Mientras que las artes superficiales sean como lo son hoy en la mayor parte de las casas de instruccion; mientras que nuestras jóvenes solo tengan que dar un salto desde el catecismo y la almohadilla hasta el lecho nupcial para adquirir un rango en la sociedad política, nada bueno debe esperarse de la influencia del bello sexo, y continuaremos viendo siempre el triste espectáculo que se presenta hoy á nuestra vista: las discusiones del bello sexo solo estarán reducidas al adorno de los peinados, lo mas ó menos largo de los vestidos, y lo mas ó menos vistoso de las telas. [sic] (s/a, 1842: 101)

Esta postura respecto a la educación de la mujer es bastante representativa del discurso de mediados y finales del XIX: si se consideraba necesario educar mejor a las mujeres, esto era con la finalidad de que cumplieran mejor y con más herramientas su rol natural de madres y esposas.

En 1875 aparece el estudio *La instrucción pública en México*, de José Díaz Covarrubias, que ofrece un diagnóstico del estado de la educación en el país (primaria, secundaria y profesional) y una serie de consejos para mejorarla. Si el autor no propugna la inclusión de las mujeres en la enseñanza profesional, indica sin titubeo que “[l]a instrucción primaria que es como la materia prima para discurrir y para conducirse en el mundo, debe estar igualmente á disposición del hombre que de la mujer” [sic] (Díaz, 1875: 76). Y discurre sobre la importancia de formar a las mujeres para convertirlas en herramienta de la educación nacional:

Las Escuelas Normales para mujeres, tienen una importancia especial. Un eminente pedagogo, Pestalozzi, ha visto en la mujer el tipo educador de los niños [...] Las cualidades de carácter de la mujer, justifican una creencia que es á la vez racional y simpática. Mr. Rice, inspector de las escuelas de Nueva-York, dice hablando de las mujeres como profesoras: “La elevacion de su espíritu se comunica naturalmente á los educandos que están en contacto diario con ellas. Graciosas, dulces y puras, los hacen como ellas, dulces, puros y graciosos. La mujer, mucho mas penetrante que el hombre, conoce mejor el corazón humano, y particularmente el de los niños. Los inclinan al deber por medio de la afeccion que es mas eficaz que los reglamentos y reprension que emplean los maestros. [...]”.

A estas bellas palabras agregaremos nosotros dos consideraciones prácticas: La mujer, que tiene ménos carreras abiertas para emplear su trabajo, se dedica mas fácilmente al profesorado de primeras letras, y una vez en esa profesion, persevera mas en ella y se consagra mayor número de horas al servicio de su escuela; miéntras que el hombre está siempre dispuesto á preferir otra ocupacion, y es frecuente que otros negocios le distraigan de un servicio asiduo en el establecimiento que dirige. De esta manera una profesora formada en una Escuela Normal, sale mas barata, permítasenos la expresion, puesto que servirá mayor número de años el profesorado. Por otra parte, si bien es cierto que la mujer tiene mejores condiciones de carácter y algunas de espíritu para educar á la niñez, no bastarán estas solas cualidades, si no se le da la instruccion conveniente con el objeto de moderar un poco su inclinacion, las mas veces exagerada, á lo puramente ideal y fantástico, y de llenarla de conocimientos positivos para que pueda á la vez *educar y enseñar*. (Díaz, 1875: 120-122; cursivas del original)

Las palabras de Díaz Covarrubias indican las líneas generales sobre las que se desarrolló la discusión acerca de la educación de la mujer mexicana en los congresos educativos que sucedieron hacia finales del siglo XIX.

Tres momentos son clave en esta historia: la promulgación en 1867 de la Ley Orgánica de Instrucción Pública, que establecía la educación primaria como gratuita, obligatoria y laica; la creación en

1871 de la Escuela de Artes y Oficios para Mujeres (fundamental para las mujeres de la Ciudad de México); y dos Congresos Nacionales de Instrucción Pública, en 1889 y 1890, enfocados en uniformar la educación del país, donde se abordó el tema de la educación de las niñas. En ellos se discutió y se avanzó la idea de que ofrecer a las niñas una educación primaria y aprovechar el trabajo femenino como educadoras sería una pieza clave del mejoramiento de la educación nacional.

En efecto, hacia finales del XIX las mujeres no solamente tenían mayor acceso a la educación, sino que eran formadas para ejercer el magisterio ellas mismas. Ya “desde 1877 la Escuela Nacional Secundaria de Niñas expedía títulos de profesoras de instrucción primaria y secundaria; en 1890 esta Escuela se transforma en Escuela Normal para Profesoras de Instrucción Primaria en la Ciudad de México” (González y Lobo, 2007: 56). Y esta relativamente rápida inclusión de las mujeres en la profesión magisterial coincide, sin duda alguna, con los centros urbanos donde poco a poco fueron gestándose movimientos feministas y donde aparecieron en mayor cantidad círculos literarios y publicaciones de mujeres.

No es casualidad que el sureste del país haya sido un área de impulso intencional de la educación de las mujeres y de su formación como profesoras, y poco después el terreno fértil de los primeros periódicos y los primeros movimientos explícitamente feministas del país.⁷ El vínculo entre estos cambios en la educación —por más que estuvieran lejos de ofrecer una formación igualitaria— y la creciente participación de las mujeres en el mundo de las letras y de la política es claro.

Así pues, desde finales del XIX asistimos a la integración gradual de las mexicanas al ámbito primero periodístico y después literario. De acuerdo con el recuento de Vivero Marín sobre la progresiva profesionalización de las mujeres escritoras en México, uno de los primeros espacios para las escritoras en ciernes fue *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, editado por Juan R. Navarro en la Ciudad de México de 1850 a 1852.

La revista constaba de las siguientes secciones, consignadas por cierto en el prospecto del segundo tomo: últimas modas de París, sección mensual que ofrecía figurines y moldes de trajes; Artículos religiosos, con fragmentos de historia de la religión y efemérides semanales; Artículos sobre labores propias de señoras, sección miscelánea; en las Mejores piezas de música, se insertaban obras europeas; Artículos sobre ciencias y artes; Economía doméstica, que incluía recetas de cocina, consejos para el hogar y belleza; una sección dedicada exclusivamente a la corrección y censura de voces y locuciones incorrectas, y otra de correspondencia con los lectores. La revista publicó además artículos de corte histórico y literario, crónicas sobre actividades sociales y artísticas y numerosas charadas, adivinanzas y problemas de ajedrez que contribuyeron a motivar la participación femenina. (1850-1852: s/p)

Similares en contenido y objetivos a *La Semana de las Señoritas Mejicanas* había otras varias publicaciones, todas editadas por hombres. Pero a partir de 1873, año de creación del efímero pero célebre periódico *Las hijas de Anáhuac* (creado por las alumnas de la Escuela de Artes y Oficios para Mujeres en la Ciudad de México), aparecieron diversas publicaciones dirigidas a mujeres y, esta vez, creadas también por ellas y con una agenda política (explícitamente o no) feminista. Entre otros, pueden mencionarse *La Siempreviva* (fundado en Mérida, en 1870, por Rita Cetina Gutiérrez, Gertrudis Tenorio Zavala y Cristina Farfán de García Moreno); *Violetas de Anáhuac* (fundado en 1888 por Laureana Wright de Kleinhaus), *La mujer mexicana* (fundado en 1904 por Dolores Correa Zapata), *La mujer moderna* (creado

⁷ En 1916 se llevó a cabo el Primer Congreso Feminista en Yucatán, organizado, entre otras, por Consuelo Zavala, Elvia Carrillo Puerto, Raquel Dzib Cicero y Rosa Torre González: todas maestras de profesión y discípulas de la también maestra y poeta Rita Cetina Gutiérrez. Beatriz Peniche Barrera, Elvia Carrillo Puerto y Raquel Cícero serían las primeras mujeres electas diputadas en el Congreso de Yucatán, en 1923. Este mismo Estado fue el primero en todo México en aprobar el voto femenino para elecciones municipales y estatales, en 1924.

por Hermilia Galindo, publicado de 1915 a 1918) y Vésper (fundado por Juana Belén Gutiérrez de Mendoza).

Al mismo tiempo, cada vez más autoras se hacían espacio en el ámbito de la literatura. Entre las escritoras publicadas de esta época destacan Refugio Barragán de Toscano, autora de libros de poesía (*Celajes de Occidente*, 1880; y del mismo año *La hija de Nazaret*, entre otros) y de novela histórica (*La hija del bandido o los subterráneos del Nevado*, 1887). Cabe también mencionar a Francisca de Betanzo, María Néstora Téllez Rendón, Concepción Lombardo Gil de Miramón, Isabel Prieto de Landázuri, Laura Méndez de Cuenca y Dolores Bolio Cantarell de Peón. Y destaca el caso de María Enriqueta Camarillo y Roa de Pereyra, autora de cuento notoriamente incluida en la antología preparada por Gabriela Mistral, *Lecturas para mujeres* (1924).

Esta antología fue encargada por Vasconcelos, como parte de su impulso explícito por la incorporación de las mujeres en las labores educativas.⁸ De acuerdo con Vivero Marín, “tras el triunfo de la Revolución, la política de alfabetización, difusión y promoción de las artes, llevada a cabo por José Vasconcelos, impulsó aún más la incorporación de la mujer en el terreno educativo” (Vivero Marín, 2006: 188). Esto significó, simultáneamente, su incorporación también en el ámbito de la cultura y la literatura.

Hasta aquí es más que claro cómo su acceso a la educación y a la profesión magisterial determinó en gran medida la integración paulatina de mujeres (en particular, de los grandes centros urbanos del país) al mundo de las letras. Pero es fundamental también recordar el impacto que la lucha armada de la Revolución tuvo sobre la escritura profesional de las mexicanas, en particular en el ámbito de las publicaciones periódicas. Gracias a los estudios dedicados a la participación de las mexicanas en la Revolución (hoy en día afortunadamente numerosos),⁹ sabemos que esta rebasó por mucho las tareas de cuidado y acompañamiento de la figura clásica de la “Adelita”, y que, al contrario, el conflicto armado trajo consigo un desplazamiento de las mujeres desde el hogar hacia el espacio público. Esto significa que la transformación del rol social de las mujeres a principios del siglo XX no se vio limitada a las clases medias con acceso a la educación, ni a los centros urbanos donde esta se encontraba disponible sino que, a través de la ola revolucionaria, cruzó todos los puntos del territorio mexicano y todos los estratos socio-económicos.

En su extenso estudio sobre las veteranas de la Revolución Mexicana, Martha Eva Rocha Islas clasifica la participación de las mujeres en el conflicto armado en cuatro categorías: las enfermeras, las soldados, las feministas y las propagandistas. Entre estas últimas hace mención a los clubes femeniles, las juntas revolucionarias y el trabajo periodístico, sobre el que indica:

La profesión de periodistas que ejercieron algunas propagandistas en los años revolucionarios fue más bien empírica. El primer acercamiento de las mujeres a la prensa fue la imprenta, algunas se formaron en el oficio como cajistas: María Hernández Zarco, Lydia Calderón, María Luisa Jiménez, o bien, escribiendo y enviando colaboraciones literarias en verso o en prosa a periódicos y revistas femeninas. Otras ejercieron el periodismo en compañía de sus parejas periodistas en la prensa de oposición, entre ellas: Josefa de Arjona de Pinelo, Guadalupe Rojo de Alvarado, Crescencia Garza de Martínez. (Rocha Islas, 2016: 129-130)

⁸ “La Universidad no se sentirá satisfecha de sus gestiones, mientras no vea que se constituyen agrupaciones de señoritas dedicadas a la enseñanza voluntaria y gratuita. Esta Universidad convoca a las señoras y señoritas de toda la República, que no tienen trabajo fuera de sus hogares, y las invita a que dentro de sus hogares o fuera de ellos, dediquen algunas horas a la enseñanza de niños, de hombres, de mujeres, de todo el que encuentren a su lado y sepa menos que ellas” (Vasconcelos, 1998: 346).

⁹ Entre los textos fundacionales de esta área de estudio cabe mencionar, de Ángeles Mendieta Alatorre, *La mujer en la Revolución Mexicana* (1961), editada por el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución; la compilación *Las mujeres en la Revolución Mexicana 1884-1920* (1992); y el extenso estudio de Ana Lau Jaiven y Carmen Ramos Escandón, *Mujeres y Revolución 1900-1917* (1993).

El movimiento armado propició las circunstancias para que no únicamente las mexicanas urbanas y de clase media ejercieran el periodismo. Para muchas mujeres de clase baja, en ocasiones sin acceso a la educación formal y de formación autodidacta, el periodismo constituyó una fuente de ingresos que les permitió sobrevivir durante el periodo turbulento de la Revolución. Otras, comprometidas políticamente, saltaron de la oralidad de las arengas públicas a la palabra escrita en la prensa de oposición. Es así que encontramos en esta época a una generación de mexicanas mucho más activas en la vida política del país, a través del discurso escrito.

Todo lo anterior nos lleva a concluir que la particular virulencia de los ataques de los intelectuales contra todo lo que se aproximara a lo femenino puede considerarse, también, una respuesta a la transformación social que se veía ya claramente en proceso. Un intento por restaurar el orden, para ellos, “natural” de las cosas.

3. Cómo se deconstruye un canon

Ya las historiadoras feministas de la Revolución Mexicana han señalado que es necesario “dejar atrás la tan perdurable como equivocada idea de las mujeres que fueron un actor social unitario en el proceso revolucionario” (Cano, 2010: 580), en referencia a la desafortunada costumbre de ignorar las vastas diferencias regionales y socioeconómicas entre la totalidad de las mujeres en el país. Pues bien, al construir una historia de la narrativa de la Revolución Mexicana en clave femenina, es precisamente indispensable tomar en cuenta estas variaciones, que tienen consecuencias de gran importancia. Primordialmente, si se quiere crear un panorama de la participación de las mujeres en las letras durante este periodo, hay que reconocer que no todas ellas tuvieron acceso a los mismos niveles educativos ni los mismos bagajes culturales; no todas ellas desarrollaron su obra bajo el cobijo de círculos intelectuales bien establecidos, ni en el seno de centros urbanos de prestigio.

Esto significa que, si se ha de incluir a todas aquellas que padecieron alguna forma de marginación (sea social, educativa, política, económica o geográfica), es necesario abrir la mirada a distintos tipos de textos: discursos que se separan de las normas estéticas de la época, o incluso de los usos considerados “correctos” de la lengua. Este es particularmente el caso para autoras de formación autodidacta y cuyo trabajo comenzó en el ámbito de la oralidad, para luego moverse al texto impreso como, por ejemplo. Benita Galeana o Celia Herrera.

Debemos, también, considerar formas discursivas más allá del libro impreso. Es decir, es indispensable voltear la mirada hacia las publicaciones periódicas, frecuentemente el único medio de comunicación escrito de mujeres que desarrollaban actividades políticas o que dependían económicamente de su escritura. Esto permitirá revalorar, por ejemplo, el trabajo de periodistas como Juana Belén Gutiérrez de Mendoza (fundadora del ya mencionado periódico *Vésper*), Elisa Acuña y Rosete (redactora de las publicaciones socialistas *Fiat Lux* y *Socialismo Mexicano*), Laura Méndez de Cuenca (fundadora de la *Revista Hispano Americana* y *El Hogar Mexicano*), Carlota Antuna de Borrego (creadora del diario *Campo Libre*), Guadalupe Rojo de Alvarado (creadora del periódico antiporfirista *Juan Panadero*), o la prolífica cronista del México posrevolucionario Cube Bonifant.

Además, una mirada abierta a la literatura creada por mujeres en este periodo tiene que integrar obras localizadas, frecuentemente, en las fronteras entre géneros textuales determinados. Así, la etiqueta “novela de la Revolución Mexicana” debe deshacerse de la marca genérica (introducida, como hemos visto, por necesidades prácticas, editoriales) y asumir textos pertenecientes a diversos géneros literarios,

o a varios de ellos al mismo tiempo. Ya el canon abrazó la ambigüedad genérica de *Cartucho*, de Nellie Campobello. Podría también integrarse la mezcla de folleto, ensayo historiográfico y manifiesto político que es *Por la tierra y por la raza* (1924) de Juana Belén Gutiérrez de Mendoza; o bien, el híbrido en prosa poética entre memorias y elegía, de Enriqueta de Parodi, *¡Madre!* (1937); la mezcla de crónica, autobiografía y ficción moralizante de Celia Herrera, *Francisco Villa ante la historia* (1939); o también el comentario político mezclado con crónica y ensayo, *Un país en el fango* (1942) de Blanca Lydia Trejo.

Por último, si la aplicación de los criterios anteriores forzosamente implica la inclusión de mujeres de varias regiones de la República Mexicana, sería interesante considerar también el trabajo de autoras extranjeras que escribieron antes, durante y después de la Revolución Mexicana, cuyo impacto en el espacio literario de la época y en la historiografía del conflicto armado ha sido desafortunadamente subestimado. Tal es el caso de Ethel Tweedie, viajera, historiadora y cronista inglesa, autora de *Mexico as I Saw It* (1901), obra donde la mirada de la extranjera retrata las condiciones del México porfiriano que posteriormente desencadenarían el conflicto armado. Es el caso también de Anita Brenner, nacida en México y educada en Estados Unidos, que además de otras obras acerca de la cultura mexicana, publicó en 1943 *The Wind that Swept Mexico*, acerca de los motivos, el desarrollo y las consecuencias de la Revolución Mexicana. También de origen extranjero, pero mucho más involucrada ideológicamente con la Revolución y sus actoras, fue Gertrude Duby, de origen suizo, interesada particularmente por las mujeres del movimiento zapatista del sureste del país. De acuerdo con Gabriela Cano, “[e]l conjunto de apuntes de campo, negativos y hojas de contacto [recopilados por Duby], producto de un recorrido de investigación por pueblos de Morelos y Guerrero y barrios populares de la ciudad de México, si bien tiene carácter fragmentario, constituyen la documentación visual y narrativa más extensa y variada sobre las mujeres zapatistas de que hasta ahora se tenga noticia” (2010: 581).

Tal deconstrucción del canon de la novela de la Revolución Mexicana es un proceso que, como se ha visto a lo largo de este artículo, está ya en marcha desde varias disciplinas distintas. Las escalas de valores y los estereotipos promovidos en el periodo posrevolucionario como parte de una estrategia de unificación y construcción de la identidad nacional han sido ya profundamente cuestionados por estudios con óptica de género, desde los ángulos de la historia, el cine y la literatura.

En este último campo, aparecen ya desde los años ochenta antologías y estudios enfocados en la aportación de las mexicanas a la literatura nacional durante el siglo XX. A continuación enumero algunos: *La sombra fugitiva. Escritoras en la cultura nacional* (1986) de Martha Robles, *Señas particulares: escritoras. Ensayos sobre escritoras mexicanas del siglo XX* (1987) de Fabienne Bradu, *Las voces olvidadas. Antología crítica de narradoras mexicanas nacidas en el siglo XIX* (1991) de Ana Rosa Domenella y Nora Pasternac, *Sin imágenes falsas, sin falsos espejos. Narradoras mexicanas del siglo XX* (1995) coordinado por Aralia López González, *Narrativa de autoras mexicanas. Breve reseña y bibliografía, 1900-1950* (2002) de María Guadalupe García Barragán, *Una aproximación a la ficción narrativa de escritoras mexicanas contemporáneas: de los ecos del pasado a las voces del presente* (2003) de Paola Madrid Moctezuma, *Voces recobradas. Narrativa mexicana fuera del canon (1925-1950)* (2008) de Lourdes Franco Bagnouls, *Avatares editoriales de un “género”: tres décadas de la novela de la Revolución mexicana* (2015) de Danaé Torres de la Rosa, y la *Historia de las literaturas en México. Siglos XX y XXI* (2019) coordinado por Domingo Vital y Adriana de Teresa.

Además de estos trabajos de amplio espectro, en las últimas décadas encontramos diversos estudios enfocados en la revaloración y recuperación de autoras individuales y su obra. Así, por ejemplo, tanto el personaje como la labor periodística de Juana Belén Gutiérrez de Mendoza han sido rescatados por Ángeles Mendieta Alatorre (*Juana Belén Gutiérrez de Mendoza: extraordinaria precursora de la Revolución mexicana*, 1983), Ana Lau Jaiven (“La participación de las mujeres en la Revolución mexicana: Juana Belén Gutiérrez de Mendoza”, 2005) y Cristina Devereaux Ramírez (*Occupying our Space*, 2015). Además de Gutiérrez de Mendoza, el trabajo de otras periodistas como Elisa Acuña y Rosete y Sara Estela Ramírez ha sido recuperado en los estudios sobre el periodismo de mujeres durante y después de la Revolución

Mexicana realizados por Elvira Hernández Carballido (como muestra, véase *El género es el mensaje: mujeres periodistas en México*, 2013).

La figura de Elena Arizmendi recobró recientemente relevancia gracias a Gabriela Cano, quien reeditó en el 2012 su autobiografía *Vida incompleta, ligeros apuntes sobre mujeres en la vida real* (1927) y publicó su biografía (*Se llamaba Elena Arizmendi*, 2010). Cano también se ha encargado de sacar de nuevo a la luz la labor de Gertrude Duby, antes mencionada.

La novela de Consuelo Delgado, *Yo también, Adelita*, ha sido recuperada para su análisis por Sarah E. L. Bowskill (“*Yo también, Adelita*: A National Allegory of the Mexican Revolution and a Call for Women’s Suffrage”, 2007). Y gracias a la cuidadosa labor de archivo llevada a cabo por Dolores Phillips-López, contamos con un estudio de obras inéditas de Francisca Betanzo, Laura Méndez y María Enriqueta Camarillo, que evoca también su producción publicada y el contexto de su recepción (“Narradoras mexicanas del modernismo: las tribulaciones editoriales de Betanzo, Méndez y Camarillo”, 2020).

La obra de Benita Galeana ha recibido en los últimos años lecturas mucho más profundas y detalladas gracias a su inclusión en estudios sobre literatura testimonial, como los de Joanna Bartow (*Subject to Change. The Lessons of Latin American Women’s Testimonio for Truth, Fiction, and Theory*, 2005) y Beth Jörgensen (*Documents in Crisis. Nonfiction Literatures in Twentieth-Century Mexico*, 2011). Y gracias al interés de Alejandro García por las autoras del norte del país, contamos con un lúcido análisis de la trayectoria y la escritura de la prolífica periodista Magdalena Mondragón (*Las entrañas del norte: dos escritoras mexicanas*, 2014).

La visión panorámica que pretendo esbozar aquí, de todos estos esfuerzos llevados a cabo desde varios ámbitos de la investigación por reconocer la diversidad, la complejidad y la importancia de la participación femenina en las letras mexicanas de principios de siglo, tiene por propósito mostrar que una reconstrucción de la historia de nuestra literatura durante y después de la Revolución Mexicana es, en efecto, posible, a pesar de las décadas de arraigo que el canon de la novela de la Revolución trae consigo. Hoy en día podemos ver estos esfuerzos en conjunto y valorarlos como un movimiento de re-evaluación de dicho canon literario y de gradual recuperación de lo que quedó a sus puertas.

Hay dos elementos clave que los estudios mencionados tienen en común: en primer lugar, se enfocan fuertemente en una labor de archivo y de rescate documental, por lo que otorgan una gran importancia a la reedición y difusión de obras poco conocidas. Esto implica una labor bibliográfica, pedagógica y de difusión que otras formas de acercarse a la literatura no necesariamente comparten.

En segundo lugar, la gran mayoría parten de una óptica interdisciplinaria que les permite valorar los textos no únicamente desde las herramientas tradicionales del análisis literario, sino también desde su importancia social e histórica. Esto implica, por lo general, la puesta en cuestión de las otras jerarquías binarias (además del género) que estuvieron a la base de la construcción del canon de la novela de la Revolución: la oposición de lo propio (lo nacional) frente a lo ajeno, la oposición del “pueblo” frente a una élite cultural, y por supuesto, la definición de aquello que entra en la categoría de literatura frente a lo que no.

4. Conclusiones

La aparición del canon de la novela de la Revolución Mexicana obedeció, como vimos, a numerosos factores; muchos de ellos dependieron del contexto social, mientras que varios otros fueron resultado de intenciones explícitas de diversos actores en el poder. La diversidad de elementos que

acabaron determinando el canon de la literatura de la Revolución implica, correlativamente, que no existe una única razón por la cual todas las autoras mencionadas quedaron fuera de este conjunto relativamente cerrado. Es claro que no todo se debe al género de las escritoras, sino que otros factores entraron en juego también. Por ejemplo, muchas de ellas tenían posturas políticas muy distintas de las de quienes detentaban el poder editorial e intelectual (autoras socialistas, comunistas o anarquistas); otras tenían posturas cercanas al feminismo pero que eventualmente serían desechadas por la(s) línea(s) del feminismo que lograron mayor hegemonía política (como aquellas que defendían la maternidad en tanto la esencia de la femineidad o que enarbolaban a la mujer como complemento natural del hombre); algunas publicaron muy poco o de manera anónima o con seudónimos muy difíciles de rastrear, de manera que no se logra trazar una visión global de su obra y comprender bien su estilo.

Es por ello que la reconstrucción de la participación femenina en la literatura de la Revolución y del periodo posrevolucionario conlleva diversas dificultades. Y probablemente a esas dificultades se deba la relativa dispersión de los trabajos que recuperan a las escritoras de esta época. Relativos a otros momentos históricos y otros conjuntos de autores, encontramos apenas grupos de trabajo, proyectos colectivos en curso o eventos académicos centrados específicamente en la obra de las mexicanas de principios del XX.

Sin embargo, como se ha demostrado, la labor está haciéndose. Considero que el reconocimiento y el estudio de estas voces contribuye a reparar nuestra orfandad genérica en dos formas fundamentales: primero, nos permite tener más clara nuestra participación en la historia nacional y nuestra responsabilidad en su construcción (aquí es necesario pensar en términos de representación); y, segundo, nos permite tener una visión clara de los avances alcanzados en cada periodo, de manera que podemos observar la acumulación del esfuerzo colectivo y la progresión de los logros histórico-políticos.

Ahora bien, si la orfandad genérica ocurre principalmente por causa de una ceguera histórica — en gran medida construida— que impide a las mujeres conocer a sus antecesoras y reconocer las líneas genealógicas que las vinculan a ellas, entonces una labor de reparación de esta orfandad pasará no únicamente por la localización de mujeres clave en la historia, sino también (y ante todo) por el trazado de líneas de herencia, de diálogo y de interlocución. En otras palabras, además de ubicar y rescatar figuras históricas aisladas, la recreación de una tradición propia implica ante todo pensar a las mujeres de nuestro pasado como una colectividad, rescatar los vínculos de colaboración que establecieron entre ellas y señalar las líneas de herencia que van conectándolas hacia nosotras. Crucialmente, reparar nuestra orfandad genérica pasa por la cooperación: por el reconocimiento de quienes ya han hecho la labor de recuperar nuestro pasado y el reconocimiento de las que lo están haciendo ahora mismo. Únicamente así, bajo la lógica de la colaboración, tendrá sentido el proyecto de re-contar una historia propia.

Resta únicamente señalar que el trazado de esta genealogía, es decir la deconstrucción y progresiva reconstrucción de un canon del periodo, es sin duda tan poco inocente como el canon previo que intentamos desestabilizar. La relectura de nuestra historia literaria en clave feminista implica también la puesta en juego de una serie de valores y de un proyecto cultural con miras a su oficialización. No podemos repetir la ingenuidad de creer que haya selecciones neutrales y objetivas. El feminismo hoy en día es una fuerza política considerable que en nuestro país (y en el mundo) está determinando innumerables políticas públicas, y trazando nuevas condiciones de participación ciudadana que permiten generar nuevos espacios de poder. Por lo tanto, así como el canon cuya historia acabo de evocar fue construido sobre la base de determinados valores y con determinadas intenciones políticas, un nuevo posible canon no será, inevitablemente, menos político. Así pues, si es claro que el canon de la novela de la Revolución Mexicana ya está en proceso de deconstrucción, una siguiente pregunta a plantear quizá sea si va a aparecer un nuevo canon de la literatura de la Revolución y, de ser así, cuáles criterios tendrá.

Bibliografía

- AGUILAR MORA, Jorge (1990), Una muerte sencilla, justa, eterna. Cultura y guerra durante la revolución mexicana. Ciudad de México, Era.
- ANÓNIMO (1842), “De la influencia de las mugeres en la política”, en Panorama de las Señoritas, pp. 99-102. Consultado en la Hemeroteca Nacional Digital de México <<http://www.hndm.unam.mx/consulta/publicacion/visualizar/558075be7d1e63c9fea1a3a0?intPagina=99&tipo=publicacion&anio=1842&mes=01&dia=01>> (03/03/2021).
- BASAGLIA, Franca (1987), Mujer, locura y sociedad. Puebla, Universidad Autónoma de Puebla.
- BRADU, Fabienne (1987), *Señas particulares: escritoras. Ensayos sobre escritoras mexicanas del siglo XX*. Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica.
- CANO, Gabriela (2010), “Gertrude Duby y la historia de las mujeres zapatistas de la Revolución Mexicana”, en Estudios Sociológicos, vol. 28, n.º 83, pp. 579-597.
- DERRIDA, Jacques (2017), “Esa extraña institución llamada literatura. Una entrevista de Derek Attridge con Jacques Derrida”, Vicenç Tuset (trad.), en Boletín, Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria, n.º 18, pp. 115-151.
- DÍAZ COVARRUBIAS, José (1875), La instrucción pública en México. Estado que guardan la instrucción primaria, la secundaria y la profesional en la República. Estudios realizados. Mejoras que deben introducirse. Ciudad de México, Imprenta del Gobierno en Palacio. Consultado en <<https://archive.org/details/instruccionpublica00diaz/page/n9/mode/2up>> (16/01/2021).
- DOMENELLA, Ana Rosa y Nora Pasternac (eds.) (1991), Las voces olvidadas. Antología crítica de narradoras mexicanas nacidas en el siglo XIX. Ciudad de México, Colmex-Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer.
- FRANCO, Jean (1987), “Cultura y crisis”, en Nueva Revista de Filología Hispánica, n.º 35, pp. 411-424. Consultado en <<https://nrfh.colmex.mx/index.php/nrfh/article/view/641>> (14/02/2020). DOI: <<https://doi.org/10.24201/nrfh.v35i2.641>>.
- GAMBOA DE CAMINO, Berta (1935), “The novel of the Mexican Revolution”, en Herring, Hubert y Herbert Weinstock (eds.), *Renascent Mexico*. Nueva York, Covici-Friede Publishers.
- GARCÍA, Alejandro (2014), Las entrañas del norte: dos escritoras mexicanas. Nellie Campobello y Magdalena Mondragón. Ciudad de México, Naveluz.
- GARCÍA BARRAGÁN, María Guadalupe (2002), Narrativa de autoras mexicanas. Breve reseña y bibliografía 1900-1950. Guadalajara, Universidad de Guadalajara.
- GONZÁLEZ Y LOBO, Ma. Guadalupe (2007), “Educación de la mujer en el siglo XIX mexicano”, en Casa del tiempo, n.º 99, pp. 53-58. Consultado en <http://www.uam.mx/difusion/casadeltiempo/99_may_jun_2007/> (14/04/2021).
- GUERRERO, María Consuelo (2005), La imagen de la revolución y de la mujer en la novela y el cine de la revolución mexicana. Tesis para optar al grado de Doctora. University of Texas, Austin.
- HERNÁNDEZ CARBALLIDO, Elvira (2011), Las otras soldaderas. Mujeres periodistas de la Revolución Mexicana. 1910-1917.
- SAARBRÜCKEN, Editorial Académica Española.
- HERNÁNDEZ CARBALLIDO, Elvira (2013), El género es el mensaje: mujeres periodistas en México. Ciudad de México, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo.
- HIERRO, Graciela (1989), De la domesticación a la educación de las mexicanas. Ciudad de México, Editorial Torres Asociados.

- MAPLES ARCE, Manuel (1921). Actual, no. 1. Hoja de vanguardia. Comprimido estridentista de Manuel Maples Arce. Ciudad de México, Museo Nacional de Arte. Consultado en <<https://icaa.mfah.org/s/es/item/737463#?c=&m=&s=&cv=&xywh=-2906%2C0%2C9112%2C5100>> (02/02/2020).
- NAVARRO, Juan R. (ed.) (1850-1852), “La Semana de las señoritas mejicanas”, en Hemeroteca Nacional Digital de México. Consultado en <<http://www.hndm.unam.mx/consulta/publicacion/verDescripcionDescarga/558ff93e7d1e325230861536.pdf>> (17/04/2021).
- LAGARDE, Marcela (2012), El feminismo en mi vida. Hitos, alaves y topías. Ciudad de México, Coordinación de Difusión y Comunicación Inmujeres DF.
- LAU JAIVEN, Ana (2009), “Las precursoras”, en Proceso, suplemento bicentenario: La mujer en la revolución, n.º 3, pp. 4-11.
- LÓPEZ GONZÁLEZ, Aralia (coord.) (1995), Sin imágenes falsas, sin falsos espejos. Narradoras mexicanas del siglo XX. Ciudad de México, El Colegio de México.
- MACHILLOT, Didier (2007), “Genre, champ intellectuel et nationalisme au Mexique: la polémique de 1925”, en Ezquerro, Milagros y Julien Roger (dirs.), Discours et contrainte. Paris, Les Ateliers du SAL. Consultado en <<http://www.crimic.paris-sorbonne.fr/actes/dc/machillot.pdf>> (17/04/2021).
- MADRID MOCTEZUMA, Paola (2003), “Una aproximación a la ficción narrativa de escritoras mexicanas contemporáneas: de los ecos del pasado a las voces del presente”, en Anales de Literatura Española, Universidad de Alicante, n.º 16, serie monográfica n.º 6, “Narradoras hispanoamericanas desde la independencia a nuestros días”, Carmen Alemany Bay (ed.).
- MADRID MOCTEZUMA, Paola (2006), “Cuando ellas dicen no: rebelión e identidad femenina en la narrativa de la revolución mexicana escrita por mujeres”, en Revista Nuestra América, n.º 1, pp. 55-67.
- MONTERDE, Francisco (1924), “¿Existe una literatura mexicana viril?”, en El Universal, 25 de diciembre de 1924, s/p.
- MUÑIZ, Elsa (2002), Cuerpo, representación y poder. México en los albores de la reconstrucción nacional, 1920-1934. Ciudad de México, UAM.
- OLEA FRANCO, Rafael (2012), “La novela de la Revolución Mexicana: una propuesta de relectura”, en Nueva Revista de Filología Hispánica, vol. 60, n.º 2, pp. 479-514. DOI: <<https://doi.org/10.24201/nrfh.v60i2.1057>>.
- PHILLIPS-LÓPEZ, Dolores (2020), “Narradoras mexicanas del modernismo: las tribulaciones editoriales de Betanzo, Méndez y Camarillo”, en (an)ecdótica, vol. IV, n.º 1, pp. 53-70. DOI: <<https://doi.org/10.19130/iifl.anec.2020.4.1.0003>>.
- RASHKIN, Elissa y Viviane Mahieux (2019), “La voluntad de escribir: mujeres en el campo de las letras (1910-1940)”, en Historia de las literaturas en México. Siglos XX y XXI. Ciudad de México, UNAM, pp. 405-432.
- ROCHA ISLAS, Martha Eva (2016), Los rostros de la rebeldía. Veteranas de la Revolución Mexicana, 1910-1939. Ciudad de México, INEHRM.
- RODRÍGUEZ, Antoine (2011), “El miedo a lo femenino”, en Amerika, n.º 4. DOI: <<https://doi.org/10.4000/amerika.1946>>.
- ROBLES, Martha (1986), La sombra fugitiva. Escritoras en la cultura nacional. Ciudad de México, UNAM.
- SABIA, Saïd (2011), “México novelado por sus mujeres”, en Especulo. Revista de estudios literarios, vol. 15, n.º 47. Universidad Complutense de Madrid. Consultado en <<https://webs.ucm.es/info/especulo/numero47/mexnovel.html>> (15/03/2021).

- TORRES, Danaé (2010), “Contemporáneos y la canonización de la novela de la Revolución”, en *Literatura Mexicana*, vol. 21, n.º 2, pp. 175. DOI: <<http://dx.doi.org/10.19130/iifl.litmex.21.2.2010.657>>.
- VASCONCELOS, José (1998), *Hombre, educador y candidato*, Lozada León, Guadalupe (comp., intro. y notas). Ciudad de México, UNAM.
- VIVERO MARÍN, Cándida Elizabeth (2006), “El oficio de escribir: la profesionalización de las escritoras mexicanas (1850-1980)”, en *Revista de Estudios de Género. La Ventana*, n.º 24, pp. 175-200.